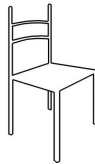
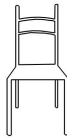


L ORENZO SILVA



AULA LITERARIA CAROLINA CORONADO

LORENZO SILVA

AULA LITERARIA CAROLINA CORONADO

Organiza:
ASOCIACIÓN DE ESCRITORES EXTREMEÑOS

Patrocina:
JUNTA DE EXTREMADURA
CONSEJERÍA DE CULTURA

Colaboran:
I.E.S. ARROYO HARNINA
I.E.S. CAROLINA CORONADO
I.E.S. SANTIAGO APÓSTOL

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ALMENDRALEJO

Diseño:
MARÍA CARBAJAL MASSÓ

Imprime:
FÉLIX RODRÍGUEZ S.L.

Dirección:
LARA GÓMEZ REY
FRANCISCA SÁNCHEZ GONZÁLEZ

LEER PARA....

Cuando yo era pequeño, quiero decir todavía más pequeño de lo que soy ahora, iba a un colegio y allí me obligaban a leer libros. También me explicaban por qué la lectura era importante. Los libros, me decían, encierran y transmiten conocimientos. No hay libro tan malo que no tenga algo bueno, ya lo había dicho un tal Miguel de Cervantes, escritor muy respetable. Un libro siempre te cuenta cosas que no conocías, y que a lo mejor no puedes conocer de otra forma. Lugares lejanos, épocas pasadas, personas que ya no viven.

Poco después, cuando todavía era más pequeño que ahora, pero un poco menos que cuando iba al colegio, fui al instituto y luego a la universidad. Allí siguieron obligándome a leer libros. También porque encerraban conocimientos, porque a través de ellos iba a aprender cosas que no sabía. Pero a la vez, algunos profesores empezaron a darme otra razón para leer. Los libros, me decían, guardan lo que otros sintieron y pensaron, y a fuerza de leerlos, uno desarrolla su propia forma de pensar y sentir, su propio criterio sobre las cosas.

Ahora que sigo siendo pequeño, pero un poco menos que entonces, puedo comprobar que lo que me decían en el colegio, en el instituto y en la universidad, era cierto. Hay muchas cosas que hoy sé y que nunca habría sabido de no ser por los libros. Me parece, aunque no estoy seguro siempre, que he llegado a formarme un criterio sobre las cosas, y reconozco que para ello me ha resultado muy valiosa la ayuda de algunos libros y también de quienes los escribieron, poniendo en ellos sentimientos o ideas que pude compartir.

Sigo leyendo libros, aunque ya no me obligan. En realidad, debo revelar un secreto: ya leía desde los cinco años, sin necesidad de que me obligaran, aunque entonces no era consciente de que con ello sumaba conocimientos y aprendía a pensar por mí mismo. Nunca han sido ésas, ni entonces ni ahora, las razones por las que me apetece abrir un libro, ni por tanto puedo esperar que sean las razones que le muevan a nadie, cuando ya no le obliguen. Cada cual aprecia libremente si quiere o no conocer, si quiere o no pensar por sí mismo. Yo creo que es mejor conocer que ignorar, y pensar que dejar de hacerlo, pero no soy quién para imponerle a nadie mi opinión.

La razón por la que leía con cinco años y leo ahora, aunque a veces tengo que hacerlo de noche y cansado, después de trabajar todo el día, es porque la vida me parece más ancha y profunda con libros que sin ellos. Porque me gusta y me divierte no quedarme limitado a las cosas que yo puedo vivir, sino tener también la ocasión de vivir, aunque sea de rebote o con la imaginación, las vidas que vivieron o soñaron que vivían otros. A lo mejor al escuchar la palabra “imaginación” a alguien se le arruga la nariz. Imaginar es cosa de ilusos, una tontería, dirá alguien. Puede ser. Pero a medida que voy haciéndome mayor, me

voy convenciendo cada vez más de una cosa: inventamos día a día lo que somos, y no tenemos más vida que la que somos capaces de imaginarnos. A mí la lectura me ha ayudado a imaginarme más y mejor, y por tanto a vivir más y mejor. Vivir, mientras nos dejen, todo lo que nos dejen, es lo único que importa. Por eso, si alguien siente que la lectura le amarga la vida, no le pediré que lea. Sólo le sugeriría que no se rindiera sin haber probado lo suficiente, sin haberse cerciorado de que no se deja cegar por un mal libro (que los hay). Que piense que somos muchos los que hemos llegado a creer que la lectura es una buena forma de vivir.

Ahora, además, soy escritor. Por la misma razón: porque me parece una buena forma de vivir. No se gana mucho, se trabaja bastante y es difícil que te reconozcan. Pero es una buena forma de vivir porque al contar y al escribir tus historias sientes que tu territorio se hace más grande, y si la suerte te favorece, tienes encima la alegría inmensa de comprobar que otros vienen a vivir a ese territorio y a llenarlo con sus voces y su imaginación. Voy a confesar algo que quizá los escritores y los profesores de literatura no dicen a menudo. Los escritores no son grandes hombres ni grandes mujeres. No son más listos, ni más cultos, ni más ingeniosos que los demás. Simplemente, necesitan contar para vivir. Contar es ofrecerle a otro lo tuyo. Dependemos de los lectores, de que ellos entren en la casa que construimos para ellos. Somos hombres pequeños (y mujeres pequeñas), que buscamos compañía. Y nos esforzamos por conseguir que en esta casa que levantamos, el libro, los lectores se sientan a su vez acompañados. Nada más. Se vive mejor acompañado que solo.

Un libro invita a estar menos solo. No se me ocurre mejor razón para abrirlo y recorrer sus páginas.

Lorenzo Silva
(Texto inédito)

Una tarde de verano abandoné todas mis cosas para cifrar en Rosana el objetivo principal de mi existencia. Vale que a menudo mis intenciones fueron frívolas: eso merecerá el reproche que merezca, pero no quita para que aquella muchacha fuera el eje a cuyo alrededor se puso a girar todo. Luego, es decir al instante, ella desapareció y no me quedó más que su recuerdo y la añoranza, y la añoranza y su recuerdo se convirtieron, prácticamente, en cuanto desde entonces me ha ocupado. He dejado de preocuparme de lo que de mí pueda ser, es, fue o pudo haber sido. Ya no siento tristeza por mí, porque ninguna me queda después de gastarla por su ausencia. Desde que la conocí, y sobre todo desde que se fue, no hubo espacio para más en mi alma ni en mi cerebro.

Ahora el populacho me insulta, las madres amenazan con mi nombre a las niñas que no comen, y si estuviera en Arkansas mi abogada andaría apelando sin ninguna fe en salvarme de la silla. Y es ahora, justo ahora, cuando tengo por primera vez en mi vida la impresión de haber sido algo. Antes, si Dios me hubiera preguntado qué había hecho con el tiempo que me había concedido, sólo habría podido enseñarle algunos miserables estadillos en los que resumía toda mi historia. Hoy sería distinto. Si viniera hoy a pedirme cuentas, confesaría primero que he pecado, mucho y gravemente. Después, extendería el pliego de mi memoria y tranquilamente, diría:

—No he sido impío. He deseado la luz de tus ángeles, la rocé y al final la malogré. Fue culpablemente, aunque sin propósito. El resto de mi tiempo lo empeñé así: antes, en esperarla; después, en pagarlo.

Salvo Tomás de Aquino, que se permitió la chulería de demostrarle repetidas veces y por caminos diferentes, nadie tiene una idea sólida de quién o cómo es Dios. Particularmente, y es una apuesta como cualquier otra, yo siempre he sospechado que es partidario de la simetría y

enemigo de lo incompleto. Por eso confío, con prudencia, en que cuando le muestre mi mercancía condescenderá a pagar por ella una recompensa razonable.

A quien está en situación de ejercer alguna influencia, ruego que interceda a favor de esta humilde gratificación: que la próxima vez que yo conozca a Rosana tengamos los dos quince años, yo no sea un bolchevique (si ella es Gran Duquesa no importa mucho) y alguien mantenga al cabrón de Fredi y el resto de la basura fuera del cuento.

De *La flaqueza del bolchevique* (1997)

Por la tarde, mi padre me permitió quedarme con él y con Stefan en el puente. Stefan guiaba el barco y eso en teoría favorecía que mi padre se mostrara más conversador, porque no tenía que ir tan concentrado. Pero aquella tarde apenas cruzamos palabra. Mi padre estaba absorto en preocupaciones que no quería o no podía compartir con nadie. Al final no pude aguantarme más y me salté todas las normas de la disciplina:

—Creo que Mijaíl tiene razón en lo de los rusos — dije.

Esperaba que mi padre se enfadara, pero no se enfadó. Tenía cara de cansancio. Se frotó los ojos muy despacio y se limitó a contestar:

—También la tengo yo. Sólo llevamos un barco de carga, río arriba y río abajo. No podemos arreglar el mundo, aunque le apetezca a Mijaíl o te apetezca a ti.

—Deberíamos abrir las cajas.

—El señor Oborniki hizo todas las comprobaciones: en las cajas hay máquinas de precisión. Eso pone en la carta de embarque y eso es lo que tenemos que creer.

—Yusúpov y el otro son dos canallas —me desahugué.

—Si lo son, ya llevarán su justo pago —mi padre sonrió, con aquella exquisita paciencia que me estaba demostrando-. Se lo darán otros canallas, seguramente. Casi siempre los canallas se arreglan entre ellos mismos.

Al fin llegamos al delta del Vístula y Stefan metió el barco por el brazo del Fístula muerto, o lo que es lo mismo, por el que conduce hasta Gdańsk. Ya era de noche cuando entramos en la ciudad y el *Cormorán* buscó su camino entre los grandes barcos amarrados a los muelles. Los dos rusos, por la forma en que miraban todo, nunca habían entrado antes en aquel puerto inmenso. El aire del mar llegaba hasta allí, con su olor a pescado y a sal. También estaba bastante frío, como lo está siempre el Báltico. Después de la larga monotonía del río, la entrada en el puerto iluminado y la cercanía del mar nos

impresionaban a todos, incluso al escéptico Mijaíl. Además, allí terminaba el viaje. La sensación que da llegar a puerto después de un viaje en barco no se parece a la sensación que da llegar a cualquier otro sitio en cualquier otra cosa.

Stefan inició la maniobra para acercar el barco al muelle que le correspondía. Desde el puente, vimos a la gente que nos esperaba. Eran nueve o diez hombres, y tras ellos había un Mercedes negro y reluciente como el que había traído a Yusúpov y a Rostov al puerto de Varsovia, el día de nuestra partida. Sin embargo, no había camiones para llevarse las cajas. Eso me chocó, pero tuve que olvidarme de mis cavilaciones porque el deber me reclamaba abajo, para ayudar al amarre del *Cormorán*.

Stefan arrimó suavemente el costado del barco al muelle. El muelle resultaba un poco alto para un barco de río como el *Cormorán*. Echamos los cabos a los hombres que había en tierra. Iban todos vestidos de negro: jerséis negros, pantalones negros, gorros negros. Aquellos hombres enlutados empezaron a amarrar los cabos, pero en seguida vimos que no los aseguraban como debían. Más bien parecía que se limitaban a sujetarlos un poco. Mijaíl, que no perdía detalle de lo que hacían, les gritó:

—¿Dónde habéis aprendido a amarrar un barco?

No le respondieron. En cuanto el barco se colocó lo bastante cerca del muelle, cinco hombres saltaron a bordo, esquivándonos por pelos a quienes estábamos sobre cubierta.

—Eh, qué demonios...—protestó Mijaíl.

En un impulso, me volví para buscar a Yusúpov y a Róstov. No estaban. Cuando miré otra vez al frente, vi que uno de los hombres venía hacia mí y que otro había hecho callar a Mijaíl. Vi también con qué le habían hecho callar: en sus manos brillaba, aunque un poco, una de esas metralletas pequeñas que disparan cientos de balas por

minuto. El hombre que ahora estaba a mi lado llevaba otra y me empujó con ella.

—¿Adónde? —dije, aturdido.

Con eso sólo conseguí una parrafada en ruso y otro empujón, más fuerte. Al fin comprendí que quería que fuera hacia el puente. Le obedecí y medio minuto después me reuní allí con el resto de la tripulación. Dos de los cinco hombres que habían saltado a bordo tenían encañonados con sus metralletas a Mijaíl, Stanislav, Jan y Jakub. Rostov estaba apuntando a mi padre con un revólver. Yusúpov, que también tenía otro revólver en la mano, estaba junto a Stefan, que no había soltado el timón. Después de dejarme con los demás, el hombre que me había llevado hasta el puente volvió a cubierta. Allí ayudó a los otros dos a recoger los cabos que les devolvían desde el muelle. Terminada esta operación, Yusúpov señaló con el dedo hacia delante y ordenó fríamente a Stefan:

—Y ahora, al mar.

De Alguna vez, cuando pueda llevarte a Varsovia
(1997)

—¿Cuáles eran exactamente sus relaciones con Eva Heydrich?

Regina levantó los ojos hacia el techo.

—¿No se ha hecho ya una idea?

—No. Hágamela usted.

Regina se volvió entonces hacia Chamorro y se quedó contemplándola con una expresión entre insolente y misteriosa. Mi ayudante soportó sin inmutarse su escrutinio.

—¿Cómo te llamas?— habló al fin la suiza.

—Se llama Chamorro. ¿Se acoge a su derecho a no contestar a mi pregunta?

—Quiero decir de nombre de pila —eludió mi requerimiento.

—Virginia —intervino Chamorro, con aplomo.

—Virginia. Como Virginia Wolf. ¿Has leído algo de ella, querida? —Y dedicando a mi subordinada lo que en otro tiempo, cuando su cuerpo y su rostro no habían sufrido aún la ofensa de la edad, podía haber sido una seductora disposición, hizo memoria y declamó con oficio—: Y el tigre saltó, mientras la golondrina se mojaba las alas en oscuros estanques, al otro lado del mundo. Una bonita metáfora, ¿no? La escribió hacia 1930, un poco antes de que yo naciese.

Traté de recuperar el mando de la situación:

—Señora Bolzano, esto no es un salón de té. Si quiere luego recitamos unas poesías y jugamos al backgammon, pero ahora estamos tratando de establecer si tenemos que acusarla de asesinato, y por si no se ha enterado, vamos camino de establecerlo.

—Parece que a tu jefe no le gusta Virginia Wolf —opinó para Chamorro.

—¿Debo interpretar que no desea confiarnos la naturaleza de sus relaciones con Eva Heydrich? —deduje, con desgana.

Regina se volvió hacia mí y recuperó su frialdad.

(...)

—¿Por qué cree que la mataron?

La suiza se tomó su tiempo.

—He estado meditándolo mucho, todos estos días —aseveró—. No entiendo esa saña de dejarla allí colgada, aunque no negaré que a veces ella sabía resultar exasperante. En eso consistía en parte su juego, pero había mucho más. Eva era una criatura muy poco corriente. Estaba siempre mezclada con alguien y sin embargo su corazón era remoto. A menudo aparentaba pasión, pero en el fondo daba la sensación de que no sentía nada. Bien mirado, ese trozo de la vieja Virginia del que me acordé antes sirve bastante para retratarla. Por un lado, la imagen violenta del tigre que salta sobre su presa. Por otro, esa golondrina que se moja las alas en los estanques, siempre al otro lado del mundo. Aunque la mayoría de la gente se dejaba guiar por el espejismo fácil del tigre, creo que ella era más bien el pájaro. Vivía entre nosotros, pero su alma estaba allí, perdida entre las aguas quietas y oscuras de un país lejano. Si quiere que haga una apuesta, apuesto que alguien no pudo o no supo aceptarla así como era y no se le ocurrió nada menos idiota que matarla. Si pregunta si me consta que fue así o quién lo hizo, no me consta ninguna de las dos cosas.

(...)

Me dispuse a levantarme. Entonces Regina me tomó del brazo y me clavó una mirada entre la exigencia y la súplica.

—Yo no fui, sargento —aseguró—. Verá, no me considero una mujer pusilánime. Cuando compré un arma admití que podía tener que usarla y tal vez quitarle a alguien la vida. Pero quiero que crea una cosa, porque es la pura verdad. Nunca habría podido reunir el coraje necesario para dispararle en la cabeza a Eva Heydrich.

De *El lejano país de los estanques* (1998)

—La transmutación —dijo de pronto, sin mirarme.

—¿Qué?

—La transmutación, sargento —repitió—. El propósito de la alquimia. Hace un par de años traduje un libro inglés que iba de eso. Me sorprendió. ¿Sabe usted qué era lo que en realidad pretendían los alquimistas?

—Convertir el plomo en oro, si no recuerdo mal — dije, dudando si eso tendría que ver, de una forma enrevesada, con los manejos de Trinidad para preparar el paquete que había acabado con Ochaita.

—Frío, frío —denegó—. Esos pretendían los *malos* alquimistas. La verdadera transmutación consistía en mejorar la naturaleza del propio alquimista, no de los metales. Los metales sólo eran el instrumento. Por eso los que se impacientaban y se obsesionaban con el oro acababan consiguiendo el efecto inverso, empeorar ellos mismos. La transmutación, pero al revés.

—Perdone, pero no la entiendo.

Blanca volvió a apuntar sus ojos en mi dirección.

—No conozco a ese hombre del que me habla, sargento —dijo—. Algo lo cambió de arriba abajo. No era el mismo con quien me casé. Y ahora pienso si fue el dinero, como el oro a los alquimistas impacientes, y si sus hijos no podrán pedirme cuentas el día de mañana por no haber sabido impedirlo. O lo que es peor, por haberlo estimulado. Quizá yo me alegraba demasiado cuando veía cómo crecía nuestra fortuna. Ahora tengo una casa, y los millones que me queden después de que acabe conmigo Hacienda. Pero no le tengo a él. Y él era lo mejor que había encontrado en la vida.

Las lágrimas asomaron a sus ojos, y terminaron por caer. Pero Blanca no quiso apartar la cara. Mientras el llanto surcaba sus mejillas, ella inspiraba a fondo, para impedir que se le descompusiera el gesto.

—No le condene, ni se condene usted tampoco —le aconsejé—. Trinidad se metió en un lío demasiado complicado. Esas cosas se saben cómo empiezan, nunca por dónde salen. Y no todo el mundo es igual de fuerte.

—Trinidad era fuerte, se lo aseguro.

—A veces eso es aún peor que ser débil. En el límite, todo se convierte en su contrario. La virtud en defecto, la fuerza en debilidad.

—Ya. Lástima que la filosofía china nunca haya acertado a consolarme. Ni a mí ni a nadie, me huelo —se mofó Blanca, forzando una amarga sonrisa.

De *El alquimista impaciente* (2000)

—¿Sabe, mi sargento? —rompió el silencio Amador—. Muchas veces me he acordado de aquello que les dijo a los soldados que les pagaban a otros para que hicieran la descubierta. Aquello de que cada bala tenía un nombre, y que la bala que a uno le estaba destinada no podía comprarse ni venderse. Pensaba en todos los que había visto caer, porque una bala había silbado su nombre, y a cada minuto esperaba la que había de venir a llevarse el mío. Pensaba en lo caprichosa que era la bala, al elegir el nombre que se llevaba, y en lo poco que se podía hacer para cambiarlo, como usted decía. Y aunque la bala no hubiera venido todavía por mí, sabía que acabaría viniendo. La sentía. Incluso ahora, aunque vuelva a casa y allí no haya guerra, siento la bala que acabará viniendo a buscarme. Para llevarse mi nombre, como el de los otros.

Molina exhaló un largo suspiro. Al cabo de un rato, interrogó a Amador:

—¿Sabes qué nombre se lleva la bala, siempre?

—No —repuso el cabo, sin comprender muy bien la pregunta.

—El nombre de los nuestros —dijo el sargento, solemne—. Los nuestros son ellos, los infelices que siempre salen mal parados: Haddú, o los otros que cayeron en Sidi Dris, o los pobres a los que yo elegí para defender Afrau en la retirada y que se quedaron allí. Hasta los moros a los que matamos, si lo miras, son los nuestros. Nosotros somos como ellos: corremos, nos arrastramos, pasamos miedo y nunca nos ayuda nadie. Por eso tenemos que recordarlos siempre, a nuestros muertos; nosotros, Amador, porque los demás van a olvidarlos. Van a olvidar que murieron, y que chillaron, y que se desangraron encima de esta tierra. Pero tú que los has visto caer no los olvides nunca, Amador. Aunque no vuelvas a África.

Al sargento se le quebró la voz y ya no pudo seguir. Amador se quedó dándole vueltas a la última frase: aunque no volviera a África.

De *El nombre de los otros* (2001)

Junto a la desembocadura del río Bu Regreg, donde se encuentra hoy Rabat, ya hubo asentamientos de fenicios y cartaginenses, que llamaron Sala a su colonia (de ahí viene el nombre de Salé, la ciudad gemela al otro lado de la ría). Fue romana desde Claudio y después sede de musulmanes ortodoxos, quienes construyeron en ella un *ribat* o rábida (convento-fortaleza), de donde tomó su nombre actual. En ella soñó establecer su capital el almohade Yacub-al-Mansur (“el victorioso”), quien levantó a fines del siglo XII las murallas y una gran mezquita inacabada de la que la torre Hassan es el único vestigio. Rabat no recobraría su esplendor hasta el siglo XVII, cuando unos cuantos moriscos de los expulsados de España por Felipe III se establecieron en ella. Muchos de ellos venían del pueblo de Hornachos, en Badajoz, donde habían formado una comunidad mudéjar de antecedentes nobiliarios a la que Felipe II había otorgado privilegios. Los hornaceros, como se les conocería en adelante, llegaron a Rabat con buena parte de sus bienes, y su organización les permitió ponerse al frente de la ciudad. Constituyeron una junta de gobierno local y a cambio de un tributo anual obtuvieron de los sultanes saadíes el reconocimiento de su autonomía. Aliados con los habitantes de la vecina Salé, fundaron una república pirata, feliz ocurrencia que les serviría a la vez para obtener sustento y para vengarse de los reyes que les habían expulsado. Con ayuda de navegantes holandeses armaron una pujante flota que fue el azote de los mares, del Mediterráneo a las islas británicas, hasta bien entrado el siglo XIX. A comienzos del siglo XX, el sagaz Lyautey, escarmentado por las revueltas habidas en Fez a la instauración del Protectorado, decidió situar en Rabat su centro de operaciones. La eligió por ser una ciudad costera y con menos debilidades estratégicas. El obediente sultán Mulay Yussef siguió con su corte al Residente General francés y desde entonces es Rabat la capital del reino.

De *Del Rif al Yebala* (2001)

Nos internamos en el bosque, precedidos por Anglada y el haz de luz de su linterna. Visto desde dentro, no era tan impenetrable como parecía desde fuera. La niebla no era tan espesa, una vez allí. Pero no se trataba, ni mucho menos, de un terreno cómodo para arrastrar un cadáver. Requería fuerza y decisión. Aparte de una cierta seguridad sobre dónde se ponía el pie. El bosque, de noche, no dejaba de resultar intimidante. Anglada se detuvo en un lugar que no se distinguía en nada del resto. Salvo por la mancha de pintura blanca que había en el tronco de un laurel.

—Aquí está. La otra señal. Ahí lo encontramos.

Observé el sitio. Me coloqué donde había estado tendido el cuerpo de Iván y miré alrededor, hacia arriba. La niebla flotaba, desleída, sobre mi cabeza. Pensé, no sé por qué, en que a todos nos pasaba lo mismo. Todos nacemos de un golpe de luz, y todos acabamos engullidos por la niebla que poco a poco nos va helando el corazón. Pero a algunos, como al pobre Iván López, los traga más deprisa. Al amparo de aquella niebla lo habían derribado, y mientras la veía sobre mí no pude evitar figurarme que el responsable, embozado aún en ella, nos vigilaba y se reía de nuestro empeño.

(...)

En el camino de regreso crucé por el bosque, y allí volví a tropezarme con la niebla. Mientras conducía, me acordé de cuando Ruth me había llevado, junto a Chamorro, a conocer aquel paraje. Volví a verla al volante, avanzando impasible contra la noche velada por la bruma. La imagen, de pronto, se me antojaba una especie de símbolo de su caída. La niebla la había llamado, y ella, sin arredrarse, había acudido. En eso se resumía todo.

Aunque no pude salvar de ella más que la sombra que ahora guarda mi memoria, ya no tengo la vanidad de culparme. Al cabo del tiempo he comprendido que cuando yo llegué la historia ya estaba escrita y no admitía

enmienda ni redención. Nadie podía impedir, una vez que ellas lo habían decidido, aquel misterioso y fatídico abrazo entre la niebla y la doncella.

(...)

Según me ha mostrado mi propia experiencia, y algunas ajenas que he tenido ocasión de conocer con cierta profundidad gracias a mi trabajo, la vida tiene una deplorable facilidad para convertirse en algo feo e insatisfactorio. Lo peor del asunto es que, cuando le da por ahí, uno no sabe hasta dónde puede llegar, porque otra de las cosas que tiene, la vida, es que no reconoce los límites que uno quisiera imponerle para conjurar la angustia y el terror. A partir de esta constatación, varía mucho la actitud que toma cada cual. Hay quien se pega un tiro y hay quien prefiere pegárselo a otro, lo que no tiene un efecto tan definitivo sobre el problema, pero permite ganar algún tiempo. Hay gente que se sume en la tristeza, y gente que busca consuelo en alegrías artificiales, entre el surtido de ellas que nuestro moderno sistema de distribución y suministro de mercancías expende a quien pueda pagarlas. Hay quien decide enfrentar la existencia con una visión pesimista, pero también quien de forma inopinada se convierte al más férreo optimismo.

De joven, y cuando digo joven quiero decir antes de empezar a levantar cadáveres con cierta frecuencia, yo era un pesimista obstinado y fastidioso. No descarto que fuera eso lo que me condujera, precisamente, a la psicología. Para un pesimista, el estudio de los desarreglos de la mente humana puede llegar a ser una gozosa fuente de confirmaciones de su convicción. La cosa empezó a cambiar cuando me puse a convivir de forma efectiva con el desastre, y terminó de invertirse cuando la muerte se convirtió en mi compañía y mi ocupación cotidiana. Desde entonces, soy un optimista contumaz. Ver truncarse las vidas, con todo lo que cada vida llega a contener, y verlas truncarse por motivos absurdos o irrisorios, y de

formas a menudo atroces y desdichadas, despierta en uno una inevitable desconfianza hacia los semejantes, pero también una necesidad incontrolable de proteger y alimentar a cada segundo la ilusión de vivir. Aunque sea estúpida, y frágil, y aunque los días y las noches te ofrezcan tantas razones para perderla.

De *La niebla y la doncella* (2002)

UNA CONQUISTA

Todas las mañanas pasaba junto a la parada, lánguidamente recostada en la trasera de un magnífico Mercedes azul cobalto, mientras yo esperaba bajo inclemencias variables —el viento, el frío, la lluvia— la siempre tardía aparición del autobús. En sucesivas inspecciones del interior del vehículo establecí el censo inmutable de sus ocupantes: un hombre de mediana edad, atildado, conduciendo, un joven desabrido, en el asiento de al lado, y ella atrás. Abandonándome a una imaginación difícil de detener en aquellos instantes monótonos, colegí que quien conducía era su padre, acaudalado por el ejercicio de alguna profesión liberal; que el joven era su hermano, maleducado gracias a una sobreprotección estándar; y que ella era una ociosa e indolente niña mimada que pasaba las mañanas tomando apuntes en una facultad cualquiera y las tardes gastando alegremente en tienda exclusivas. Era guapa, o muy guapa, rubia con o sin artificio —eso importaba poco—, y flotaba sin especial intensidad entre los dieciocho y los veinte. Siempre parecía tener sueño y desconocer que, al otro lado del cristal del automóvil de su padre, había desgraciados que intercambiaban sus transpiraciones y halitosis en la forzada y estrecha intimidad del autobús atestado.

Sin embargo, como a los dos meses de verla pasar todos los días, a las ocho y cinco, algo cambió en su actitud. Sin motivo aparente, y sin que pudiera sospechar qué era exactamente lo que atraía su atención, el rostro hasta entonces siempre abstraído en el techo del mercedes empezó a discurrir, en su breve trayecto expuesto a mi contemplación, vuelto francamente en la dirección en que yo me encontraba. Ningún edificio había sido erigido o derribado tras la parada del autobús, no habían levantado la calle, ni los exasperados viajeros se habían decidido a protagonizar justificados tumultos diarios por los retrasos

que padecía el transporte público. Simplemente ella miraba. Por más que dejaba desbocarse mi imaginación, aquello no acerté a explicármelo, hasta una mañana en que no tuve más remedio y, por otra parte, tampoco ningún mérito. Apareció a las ocho, sola, conduciendo un pequeño deportivo amarillo. Redujo la velocidad poco antes de llegar a la altura de la parada y pasó junto a ella a diez por hora, clavándome sin piedad sus impolutos ojos azules. Veinte metros más allá se detuvo. En aquella época, como en otras varias de mi vida, yo era singularmente proclive a abrazar cualquier idea descabellada que me fuera sugerida. Me separé de mis semejantes y caminé sin apresurarme hasta el coche amarillo. Apenas llegué, la puerta se abrió con suavidad. Sin preguntar nada, entré y cerré tras de mí. De cerca era aún más ofensiva y descuidadamente hermosa, y así hube de admitirlo, pese a su bronceado y maquillaje convencionales, mientras me anunciaba con una voz más bien provocativa:

—Me llamo Mónica.

—Yo Buró —repuse al azar, y ella no se rió; sólo metió la primera y lanzó el deportivo como un cohete, quemando los neumáticos contra el asfalto.

Fuimos a su casa, de la que descubrí que el palacio de Oriente era una maqueta, y que a la sazón estaba desierta por ausencias de negocios o de placer de los demás miembros de la familia y por el día libre del servicio. Las riquezas materiales nunca me han impresionado, ni cuando las poseí ni cuando carecía de ellas, pero fue verdaderamente exquisito verla nadar larga y armoniosa en las aguas iluminadas de la piscina cubierta, contar luego los *gintonic*s que empalmaba sin pestañear ante el infinito mar verde del jardín y, finalmente, recibir la invitación de su cuerpo inapelable tendido en la inmensidad blanca del lecho conyugal de sus progenitores. Yo no entendí al principio por qué esto último no podía ocurrir antes de las once, según impuso, pero luego lo pude inferir

sagazmente. A las once y un minuto, cuando yo me disponía a aceptar sin mayores miramientos aquel primor que se me ofrecía, un individuo corpulento, de uno noventa de estatura, irrumpió en la alcoba.

—No es lo que piensas, Borja —alegó Mónica, fríamente, sin pretender convencerlo.

Borja no resultó muy adicto al hábito de pensar. Me machacó allí mismo, empleando una lograda mezcla de artes marciales, aunque creo que lo me dejó KO fue un golpe de *taekwondo*. Me desperté en un vertedero de los suburbios, con la cara ensangrentada, el cuerpo molido y el DNI en la boca, despedazado a tijera en trozos muy pequeñitos.

Durante varios meses más la vi pasar frente a la parada, siempre a las ocho y cinco, ausente y somnolienta en el asiento trasero del impecable Mercedes azul. Nunca volvió a mirarme. Y yo no le guardé rencor; ni por eso ni por lo demás, naturalmente.

De *El déspota adolescente* (2003)

Llegaron a la plaza de Minayo y siguieron de frente, dejando a la izquierda el Hospital Civil y a la derecha el teatro López de Ayala. El teatro mostraba claramente los signos del bombazo que había sufrido hacía una semana. De día, aquella era la zona más peligrosa, donde más de concentraban los bombardeos de la aviación enemiga. Pensando mal, podía llegar a creerse que castigando los alrededores del hospital pretendían aterrorizarlos. Pero, por otra parte, cerca de allí estaban el edificio de Correos y el del Gobierno Civil, desde los que se dirigía la resistencia, y los dos cuarteles principales, los de Menacho y la Bomba. En aquella zona se situaba, además, la única brecha amplia en las murallas del siglo XVIII que rodeaban la ciudad. De noche, en todo caso, no volaban los aviones. Con el alba regresarían, inexorables.

—Ésa es otra ventaja que nos llevan los de enfrente — continuó Faura—. Todos, desde Franco al falangista más burro, no hacen más que eso, ir a lo suyo, o a lo que creen que es lo suyo, y a ellos les vale. Pero a nosotros no, a nosotros la codicia nos quita la única fuerza que tenemos, que es la de la justicia. Siempre que nos descuidemos a la hora de hacerla, y nos estamos descuidando mucho, la naturaleza, que es sabia, les favorecerá a ellos. Porque ellos la injusticia la organizan mucho mejor, tienen más práctica y más ciencia para hacerla funcionar.

—Vale, Faura, me has convencido de la superioridad absoluta de los fascistas— bromeó Ramírez—. Ahora me gustaría que me explicaras por qué coño, sabiendo todo eso, llevas ese mono y esas insignias rojas. Lo digo en serio, me pica la curiosidad. Ya tiene que ser fuerte.

Faura respiró hondo. No le costaba encontrar motivos. En realidad le sobraban, pero acaso el que más claro estaba en su mente era el que menos podía compartir, ni con Ramírez ni con nadie: después de haber sacrificado tanto sin una buena razón, o incluso con razón, o incluso con razones corrompidas, sentía que se debía a sí mismo conocer el sabor del sacrificio por defender aquello que su alma creía más limpio y más cabal,

a pesar de todo. Había luchado, había matado y se había hecho herir por causas que ahora le avergonzaban. No podía sumar otra vergüenza. Y menos por protegerse. Bien mirado, qué le quedaba para proteger ya.

De *Carta blanca* (2004)

Sentía las ganas de intervenir de mi compañera. Me mantuve en silencio, para que también Casiano meditase sobre sus palabras y dudase sobre el efecto que me causaban. Preguntó Chamorro:

—Y lo que registra el parte del hospital del seis de marzo pasado, dos costillas rotas y contusiones diversas, ¿también considera usted que está dentro de los límites de la normal relación conyugal?

Casiano enfrentó la mirada de mi compañera.

—Mire, no me lo tome a mal, porque no trato de faltarle al respeto, ya que es usted autoridad —dijo—. Pero aunque no se atreva nadie a decirlo creo que lo que les pasa a las mujeres que tienen ahora eso, autoridad, es que no han aprendido a ser lo bastante frías, que les falta costumbre y se precipitan. A lo mejor dentro de veinte años puede ser que vayan templándose. Eso es lo malo, que mujeres así son periodistas, juezas y hasta ministras. Y todo se saca de madre y por eso ahora yo, que bastante desgracia me ha caído encima, voy a comerme esta muerte siendo inocente.

—Le aseguro que me tomo esto con absoluta frialdad —dijo Chamorro—. Y con toda frialdad le pregunto: ¿Le rompió usted dos costillas, y considera que eso no tiene nada de anormal?

Casiano bajó los ojos.

—Fue una desgracia. Discutíamos en la planta de arriba. Fui así como a darle y ella se apartó y se cayó por la escalera. Le juro por mi madre que nunca pasé de chillarle o darle algún guantazo.

—¿Me permite una pregunta un poco personal?

—Usted hágala, ya que parece que es la jefa —dijo, observándome de reojo con una expresión en la que se atisbaba algún reproche.

—¿Quería usted a su mujer?

Casiano Bernal, presunto uxoricida, pensó durante varios segundos inacabables, antes de responder.

—La quería tanto —dijo, con la voz un poco quebrada— que me hacía perder la cabeza. Y voy a decirle otra cosa. Pregúntese por qué seguíamos viviendo juntos. Por qué me denunciaba, sí, pero volvía aquí una y otra vez. Podía haber pedido el divorcio, se habría quedado con la casa y con una buena pensión. Ya, ya sé que piensan que tenía miedo de que después de eso viniera a matarla. Pero ella sabía que yo nunca habría podido hacer eso. La razón es otra, señora guardia. Aunque le gustara putearme, aunque me pusiera los cuernos, que me consta que me los puso un par de veces, y ya ve, no la maté entonces, Sandra sabía que era mía y que no podía ser de nadie más. Que yo era su hombre para los restos. Y sobre esas cosas, ni los jueces saben juzgar ni los policías saben ver más allá de sus narices. Lo que pasa entre dos personas debajo de un techo no se sabe ni se entiende desde fuera.

De *Nadie vale más que otro* (2004)

Lorenzo Silva nació en Madrid en 1966. Se licenció en Derecho y hasta el momento de dedicarse por completo a la literatura, simultaneó este oficio con el de abogado. Si bien es conocido esencialmente como escritor de novelas, ha publicado relatos, ensayos, libros de viajes, artículos, prólogos y ha trabajado como guionista en la adaptación cinematográfica de su obra *La flaqueza del bolchevique* (Finalista del Premio Nadal 1997 y estrenada en el teatro por la compañía K Audiovisual). Su obra *El alquimista impaciente* (Premio Nadal 2000) también se estrenó en las pantallas ese mismo año.

Junto al ya citado galardón recibió el Premio Ojo Crítico en 1998 por *El lejano país de los estanques*, el Destino Infantil por *Laura y el corazón de las cosas* y el Premio Primavera de Novela 2004 por *Carta Blanca*.

En su prolífica carrera destacan, además, los títulos siguientes: los libros de viajes *Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos* (2001) y *Viajes escritos y escritos viajeros* (2000), el libro de relatos *El déspota adolescente* (2003), las novelas juveniles *Algún día, cuando pueda llevarte a Varsovia* (1997), *El cazador del desierto* (1998), *La lluvia de París* (2000), *Los amores lunáticos* (2002) y las novelas *Noviembre sin violetas* (1995), *La sustancia interior* (1996), *El ángel oculto* (1999), *El urinario* (1999), *El nombre de los nuestros* (2001), *La isla del fin de la suerte* (2001), *La niebla y la doncella* (2002) y *Nadie vale más que otros: cuatro asuntos de Bevilacqua* (2004). En *Líneas de Sombra: historias de criminales y policías* (2005) Lorenzo Silva ofrece una serie de reportajes sobre criminales y policías, incluyendo reflexiones del autor sobre el género negro.

Junto a Marta Cerezales y Miguel Ángel Moreta ha publicado *La puerta de los vientos*, una antología de narradores marroquíes contemporáneos y con el director y guionista Felipe Vega planea rodar en Marruecos el documental *Rif, la historia robada*.

Su obra ha sido traducida a numerosos idiomas, como ruso, alemán, italiano, griego o francés y, en la actualidad, colabora como articulista en el diario EL MUNDO.

LORENZO SILVA
leyó sus textos en Almendralejo
el 11 de Mayo de 2005



AULA LITERARIA CAROLINA CORONADO

2